

FUNERALES EN UNA ESQUINA ROSADA

Por
CARLOS EDUARDO VEGA BONIFAZ

No existe sol sobre la ciudad que ayude a llevar el luto, menos aún si es extranjera. *Mère décédée. Sentiments distingués*, lamentaba la misiva. Dialogué con el párroco y a pesar de ir trabajando pocos días, me dispensó una semana del seminario. Ignoro qué habría pasado de no haber recibido aquel telegrama; Buenos Aires me quedó temblando en el ojo.

Bentonicé por las calles buscando distracciones. Uno de aquellos días, por azar el 8 de julio, estaba sentado frente a la catedral. Era el día del cumpleaños de mi madre. Vi que entre las columnas asomaba un cortejo fúnebre. Fui sobrecogido por la extrema austeridad de la marcha y el silencio que parecía arrellanado sobre las ojeras. Llovía y el día era triste. Llevaba un pantalón negro, la camisa del mismo color y un cuello blanco. Me puse un gabán de cuero encima para disimular mi uniforme.

Me acerqué a aquellos hombres que lamentaban con sencillez. Suspiraban con sinceridad y me sentí invitado. Un anciano presidía la marcha, avanzaba junto a una mujer que lo llevaba del brazo. Mi español todavía era limitado, pero logre entender algunas palabras cuando exclamó: "Ah, mamá, unánime fue tu muerte". Fui consciente entonces de que la persona que iba en hombros era la madre de alguien.

Me sumé discretamente al cortejo. Logré que alguno de los deudos me aceptara en un taxi y partí con ellos hacia La Recoleta. Nadie habló durante el trayecto. Al llegar me separé sigilosamente. Me llamó la atención una esquina de la manzana; era rosada y parecía haber sido pintada para saludar a la muerte.

Cuando llegamos a la tumba éramos doce personas. Uno de ellos sustituyó al anciano cuando trató de pronunciar el panegírico y no pudo. Sentí la misma emoción que aquel y gimoteé apenas para no incomodar a los presentes, pero lo suficiente para dar cuenta de mi compañerismo.

Me era difícil entender lo que aquel hombre recitaba, así que mentalmente ensayé mi propio discurso y le hablé a mi madre evitando que su nombre se me escapara en voz alta. No hay que tentar al azar. De pronto, un rayo sacudió vivamente la tarde. Entonces vi el cofre y comprendí que estaban enterrando a mi madre. *Maman*, dije, ah, *pauvre maman*. El anciano pareció advertir algo, elevó el mentón buscando la estela de mi idioma extranjero. Temí un posible sobresalto, pero el sacerdote interrumpió pronunciando algunos salmos y prodigando consejos, inevitables en circunstancias así.

Al terminar la ceremonia, decidí esperar. En el taxi no me habrían aceptado de vuelta. Cuando la lluvia hizo que las espaldas de los acompañantes desaparecieran, permanecí no sé cuánto tiempo frente a la sepultura. De pronto, un sentimiento de consuelo hizo que sintiera imperativo elevar una oración a aquella mujer de cuya muerte me había servido. Leí el nombre que acababan de tallar sobre el mármol y pronuncié una breve letanía para Leonor Acevedo de Borges.

